defienden los sectarios, lo defiende, antes y mejor que ellos, la Iglesia y deben defender los católicos, sin mancharse para ello con nombre alguno aborrecible.

La Iglesia predica á grandes y pequeños la verdadera humildad; á los ricos, la misericordia; á los pobres, la paciencia; á los gobernantes, la solicitud en favor de sus súbditos; á éstos la obediencia, y á todos la caridad para con Dios y para con el prójimo. La práctica de esas virtudes es el remedio posible de los males.

P.—Y para que no caigamos los fieles en esos males, ¿ha acudido el Señor á su Iglesia con algún medio eficacísimo?

R.—Sí, padre; con la devoción al sagrado Corazón de Jesús.

P.—¿Qué dice de ella la Iglesia?

R.—El Papa León XIII la ha llamado la devoción característica de la Iglesia en estos tiempos, y el medio más eficaz para santificarnos.

P.—¿Es sólo para las personas muy perfectas?

R.—No; pues Jesu-Cristo la ha dado para que se conviertan los mayores pecadores.

P.—¿Cuál es el fruto de esa devoción?

R.—Unirnos íntimamente á Jesu-Cristo, de quien quieren apartarnos los sectarios.

M.—Enseñe el catequista cómo se practica devoción tan santa, y exhorte á entrar en alguna de las congregaciones que la promueven, junto con el culto del purísimo Corazón de María.

P.—Por último os pregunto: ¿si se llegarán algún día á ver en la tierra quitados todos los abusos y desterrados todos los males?

R.—Ese es el sueño de los necios; pero la verdad es que este mundo ha sido, es y será, por nuestros pecados, un valle de lágrimas y desdichas.

M.—Bien decís: y el Señor en su Escritura lo avisa, y que hacia el fin del mundo, aumentándose los pecados, enviará Dios más espantosos castigos; que con esto los réprobos se harán peores, y el antecristo con sus sectarios moverá la más horrible persecución contra la Iglesia santa, de que muchos apostatarán; pero que los que perseveren fieles en la fe católica y gracia de Dios hasta el fin, esos irán al cielo. El Señor nos lleve á todos allá. Amén.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

El corazón es el órgano principal de la vida de nuestro cuerpo, y donde se elabora la sangre que se distribuye por todos los miembros: y aunque todo nuestro cuerpo está vivificado por el alma; el corazón, así animado, se toma en el lenguaje usual, y también en las Sagradas Escrituras, por el asiento y símbolo de las virtudes ó vicios de la persona, y de las gracias y dones celestiales, mayormente del amor y caridad. Tiene, se dice de un sujeto, un corazón rencoroso ó un corazón compasivo, humilde ó soberbio. La caridad de Dios, dice San Pablo, se ha derramado en nuestros corazones (1); y Jesu-Cristo: «Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón (2).»

Esto supuesto, el Corazón de Jesús no sólo está vivificado por el alma santísima del Salvador, sino unido á la persona del Verbo; es el Corazón de Dios encarnado; digno por eso del supremo culto y adoración que á solo Dios se debe, porque el culto que damos al Corazón de Jesús, lo damos al mismo Jesús, Dios y hombre verdadero.

De modo que amar al Corazón de Jesús es amar al mismo Dios que nos crió y redimió, y los cultos y obsequios especiales al Corazón de Jesús no son otra cosa, que el medio más eficaz para unirnos por caridad perfecta al mismo Jesús, y hacernos semejantes á El con la práctica de todas las virtudes, en lo cual consiste la santidad del cristiano. Desde que el discípulo amado San Juan se reclinó en la última cena sobre el pecho y Corazón de Jesús, y luego en la Cruz fué este sagrado Corazón abierto de una lanzada; tuvieron los Santos entrañable devoción al Corazón de Cristo: pero el Señor, en su providencia paternal y sapientísima, ha ido acudiendo á su Iglesia con socorros acomodados á las diversas necesidades que la apremian.

---

(1) Rom., 5, 5.
(2) Matth., 11.

Primero todos los cristianos profesaron acendrado amor y devoción á Jesu-Cristo crucificado y sacramentado, á la imagen del Crucifijo y de la Cruz, y á la santa Misa y Comunión; luego se fué desarrollando esa misma devoción en los varios misterios de la vida y pasión del Señor, en el culto de los instrumentos de la Pasión y en el de las cinco Llagas; y se fueron instituyendo fiestas y procesiones en honor de esos misterios y del Santísimo Sacramento del altar; quedando aún la devoción especial al Corazón de Jesús, como secreto íntimo y peculiar patrimonio de ciertas almas privilegiadas.

Hasta que previendo el amorosísimo Jesús que en estos últimos siglos la persecución contra su Esposa la Iglesia iba á desencadenarse con más furia, y llegar á su colmo en su indiferencia religiosa y odio á la Iglesia; manifestó á una alma santa, la Beata Margarita de Alacoque, religiosa de la Visitación ó Salesa, el deseo vivísimo de que en toda la Iglesia católica se honrase con culto especial su Corazón: y le enseñó las prácticas con que se le había de obsequiar en la imagen de ese mismo deífico Corazón, y en el Santísimo Sacramento donde, como en el cielo, reside vivo y glorioso.

Y como la santa religiosa no podía por sí predicar y explicar por el mundo esa devoción y las gracias abundantísimas que Jesu-Cristo prometía á los que se dieran de veras á practicarla; díjole el Señor, como se lee en las cartas de la Beata, que quería valerse especialmente para ello de los Padres de la Compañía de Jesús. Estas revelaciones se hicieron antes del 1690, en que á 17 de Octubre murió aquella religiosa en su convento de Paray-le-Monial, diócesis de Autún, en Francia. El V. P. Carlos de la Colombière y los demás Padres de la Compañía se dieron á practicar y extender el culto del Sagrado Corazón de Jesús; al paso que los jansenistas y los filósofos incrédulos le hicieron horrible guerra. La Iglesia á su vez, condenando á esos herejes, aprobó y recomendó devoción tan santa, en-

riqueciéndola de indulgencias y gracias espirituales, y bendiciendo las Congregaciones erigidas para promoverla por todas partes.

Ahora bien; el Hijo de Dios, hecho hombre, es inseparable de su Madre, y las fiestas de la Virgen corren pareja con las de su Hijo; por lo cual, apenas empezó á generalizarse la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, también comenzó á recomendarse por varones santos la devoción al purísimo Corazón de María; y hoy, autorizado igualmente por la Iglesia, está siendo un medio poderosísimo para atraer al Corazón de Jesús y convertir innumerables y grandísimos pecadores.

El cristiano que en estos peligrosísimos tiempos quiera asegurar su perseverancia en la fe católica y en la gracia de Dios, practique de buena voluntad la devoción á los Sagrados Corazones de Jesús y de María; por cuyo medio, llevando con paciencia cristiana los males de esta vida, logrará que se le conviertan en verdaderos y perdurables bienes.

Acaba el Catecismo con recordarnos el fin del mundo, no que Dios haya de reducirlo á la nada de donde lo sacó al criarlo; sino que llegará un día en que, destruidas las cosas que hay en la superficie de nuestro globo, no viva ya más en la tierra, ni se propague el género humano. Esta es palabra de Dios que no puede fallar; si bien no ha querido revelar á su Iglesia cuándo tendrá su cumplimiento. Con todo, así como á la muerte del individuo suelen preceder síntomas alarmantes, así precederán señales espantosas al cataclismo final. Esas señales están escritas en los Libros divinos, y por ellas podrán, los que vivan entonces, conocer la proximidad del fin del mundo. Muchas veces se han engañado los hombres pensando que se llegaba, como muchas veces nos engañamos teniendo por última enfermedad la que no lo es; pero como, á pesar de todo, es muy útil saber los anuncios de una próxima muerte, así lo es enterarnos de los

del juicio universal: tanto más, que algunos, al modo de la agonía y últimas boqueadas, no dejarán lugar á duda: y así como todo cristiano se ha de preparar para el último trance y valerse de los auxilios de la Religión; también hemos de prevenirnos para los peligros que hacia el fin del mundo serán mayores que nunca.

Con ese objeto vamos aquí á resumir lo que á la larga enseña en esto el Doctor eximio P. Francisco Suárez (1); porque para que los fieles las sepan hizo el Señor esas profecías; y para que los que vivan entonces, viendo que se cumple la palabra de Dios, se confirmen en la fe, y no den oídos á los que se dicen profetas y no lo son, porque enseñan cosas contrarias á la doctrina de la Iglesia católica romana, único verdadero intérprete y Maestra infalible del Evangelio de Cristo. A cuatro pueden reducirse las señales que, según la doctrina católica, anunciarán el fin del mundo.

1.ª El reinado y persecución del Antecristo. 2.ª La predicación del Evangelio por todo el mundo. 3.ª La destrucción del imperio romano y del poder temporal del Papa. 4.ª El trastorno general del cielo y de la tierra.

1.ª *El reinado y persecución del Antecristo.* Esta es la más clara y que con más pormenores describen los libros sagrados. Antecristo quiere decir contra Cristo: y es de notar que como antes que viniese nuestro Señor Jesu-Cristo á salvarnos, hubo algunos que por ser figuras suyas y parecérsele en algo, se llamaron unos Jesús, y otros Cristo; así, antes que venga el Antecristo se ha aplicado ese nombre á algunos principales herejes y perseguidores de

(1) Tomo XIX *De Mysteriis Christi*, disp. 53 y siguientes. Los lugares principales de la Sagrada Escritura que de esto tratan, son: Dan., capítulos 7, 11 y 12; Math., 24; Marc., 13; Joan, 5; II Thes., 2; I Jo., 2; Apoc., 11 y sig.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

Cristo y de su Iglesia: estos fueron en algún modo Antecristos, pero no el Antecristo profetizado para la consumación de los tiempos, y marcado por Dios con tales caracteres, que á ningún otro pueden cuadrar en su conjunto. Ante todo, el Antecristo será un hombre sobremanera perverso y enemigo acérrimo de nuestro Señor Jesu-Cristo.

No está revelado cómo se llamará; pero sí que las letras de su nombre, sumado el valor numérico que representan en las lenguas orientales, darán la cifra de 666. Tampoco consta con certeza su origen, pero sí que será obscuro y verosímilmente de raza y profesión judías, comenzando su propaganda impía en otra ciudad y trasladándose luego á Jerusalén, donde logrará entronizarse.

Se fingirá benigno y generoso, y allegándosele muchos de su casta, levantará de nuevo, al menos en parte, el antiguo templo de Salomón. Predicará contra la idolatría y no menos contra el culto católico de Cristo y su Madre, de los santos y de sus imágenes sagradas. Seducirá á muchísimos con su extraordinaria facundia, y con prodigios que él y los suyos harán por arte de Satanás; al cual Dios nuestro Señor permitirá entonces el poderío que ejerció en el mundo hasta la venida del Redentor. Esos prodigios se parecerán á los que hicieron contra Moisés los Magos de Faraón; unos serán aparentes, otros reales, pero obrados por arte diabólico. Esto se conocerá por la perversa doctrina, pésimas costumbres y soberbia impía de esos falsos milagreros. Una de esas maravillas será que fingiéndose muerto por tres días el Antecristo, ó uno de sus primeros partidarios, aparecerá de repente vivo. Secretamente dará culto al demonio ó á su efigie con el nombre de Maozim, para granjearse su favor.

Con estos y otros fraudes amontonará inmensas riquezas, de que se valdrá para aumentar prosélitos. Vencerá primero á tres reyes, de Egipto, de Libia y

Etiopía, y luego á siete más, haciéndose monarca de todo el mundo civilizado.

Le ayudará á modo de precursor y adlátere un falso profeta, y entre sus partidarios se contarán Gog y Magog. Llegado á la cumbre del poder durará su reinado tres años y medio, y no más; porque Dios nuestro Señor, en atención á sus escogidos, ha prometido que no se alargará más aquella prueba. Esta será espantosa, porque el Antecristo, quitada completamente la máscara, declarará guerra cruelísima á la Iglesia católica y al mismo Dios: proclamará que no hay más Cristo, ni Mesías, ni Dios, sino él mismo: forzará á que le adoren á él y á su estatua en el templo de Jerusalén y en los cristianos, cumpliéndose así la abominable desolación de que hablan los libros santos.

Obligará á que se lleve su efigie ó monograma, á modo de marca, en la frente ó en la mano derecha, excluyendo del comercio á los no marcados. A cuantos no quieran renegar de Jesu-Cristo atormentará horriblemente y quitará la vida. Abolirá los Sacramentos y la Misa; consumándose la gran apostasía que predice el Apóstol, pues muchísimos abandonarán la fe.

La Iglesia no faltará; el Papa seguirá siempre guiando por el camino del cielo el rebaño de Cristo: habrá entonces mártires insignes que arrostrarán los trabajos y la misma muerte por la fe. Muchos cristianos saldrán al campo á pelear contra el Antecristo; pero éste vencerá al principio, y los fieles, como en la primitiva Iglesia, se esconderán en las cavernas y desiertos para fortalecerse allí con los Sacramentos y la asistencia al Santo Sacrificio del altar.

Para tan extrema necesidad y tan mortales agonías acudirá el Señor con auxilios supremos, al modo que en el aproximarse la muerte de cada individuo le tiene aparejados la Iglesia socorros oportunos.

Helías y Henoch no han muerto, y los reserva Dios en sitio á nosotros desconocido, para que vuelvan en

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

aquel tiempo á dar testimonio á Cristo nuestro Señor, y sostener á los fieles con sus milagros y predicación. Ejercitarán su ministerio apostólico durante el reinado del Antecristo y pelearán contra él; sin que éste pueda destruirlos, hasta que treinta días antes de cumplirse los tres años y medio, los matará en Jerusalén, quedando por tres días y medio sus cadáveres insepultos en la plaza, con regocijo general de los malos que cantarán victoria. Mas en esto se oirá una voz de lo alto que dirá: *Subid acá;* y á vista de todos, aquellos cuerpos muertos resucitarán y subirán al cielo en una nube. Seguiráse un espantoso terremoto que arruinará la décima parte de la ciudad, y hará *siete mil* víctimas.

Entonces los que queden con vida glorificarán á Dios y á su Cristo: los judíos en masa, que habrán acudido á Jerusalén y presenciado estos sucesos, abrazarán la fe católica; y el Antecristo, á los tres años y medio de su poderío, y estando en su trono, será muerto por la virtud de nuestro Señor Jesu-Cristo, y muchísimos anticristianos perecerán á hierro y fuego ó aplastados de inmensos peñascos, hasta que abriéndose la tierra los trague á todos y sepulte en los infiernos. En esto, á los pocos días ó meses (1), vendrá nuestro divino Salvador á juzgar á todos los hombres.

2.ª *La predicación del evangelio por todo el mundo.* —Esta señal es infalible, y una vez cumplida estará cercano el fin del mundo; pero es muy difícil de discernirse.

La explicación más fundada en verdad, es la siguiente: que cuando se aproxime el fin del mundo no habrá nación ni provincia habitada donde en algún tiempo no se haya anunciado la religión cristiana, ni región importante donde no se hayan levantado iglesias á Cristo.

Esto supuesto, bueno es notar que quien conoce á

(1) O años, según Alápide.

fondo la historia de la Iglesia y sigue el curso de sus actuales conquistas á la fe, sabe ó por lo menos conjetura fundadamente, que poco falta para poder darse por cumplida esta señal. En el continente africano floreció generalmente la Iglesia, y penetra ahora en sitios á que acaso no había llegado jamás. En la China y en ambas Indias se han hallado vestigios de la predicación cristiana, muy anteriores á los descubrimientos de los cuatro últimos siglos, y que acaso arrancan desde los tiempos apostólicos, y en los actuales apenas hay región de aquellas partes donde no existan ó no hayan existido cristianos. De la China lo asegura terminantemente uno de los Misioneros de la Compañía de Jesús, que levantaron por orden de aquel emperador un plano topográfico de todo el Celeste Imperio. La Oceanía se halla poblada siglos ha de Misioneros y cristianos; y en el jubileo Sacerdotal de León XIII (1888) se hizo patente que apenas hay rincón de la tierra donde no se conozca la Iglesia y no se admire la autoridad del Obispo de Roma, y se le acate con cierta veneración sobrehumana.

3.ª *La destrucción del imperio romano y del poder temporal del Papa.*—Esta señal es muy obscura, si sólo se atiende al fundamento que de ella hay en las sagradas páginas; pero la tradición de ella juzga el P. Suárez ser apostólica, según la cual dicha destrucción parece una de las señales próximas (1). El imperio romano fué en manos de los gentiles el perseguidor de la Iglesia; pero desde Constantino y Carlo Magno, se convirtió en brazo protector, que, á una con el poder temporal del Papa, ha empleado la Providencia para que el romano Pontífice ejerciera libremente su poder espiritual, y prospere la Iglesia católica, defendida contra sus enemigos. Pues de la cesación de este doble apoyo entendieron muchos Padres y Doctores de la Iglesia la apostasía que en la epístola

(1) Disp. 56, ses. 2.ª

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

segunda á los Tesalonicenses da el Apóstol como señal próxima del fin, y añaden que entonces será asolada y destruida la ciudad de Roma, la cual, entiende el P. Alápide, habrá entonces apostatado de la Fe, obligando al Papa á estar oculto (1).

De esto último duda el P. Suárez, y opina que la apostasía del imperio acaso coincidirá con la victoria y reinado del Antecristo. Así escribía aquel sapientísimo teólogo hace tres siglos; pero es el caso que en este siglo XIX se ha consumado la separación y apostasía del imperio, que en eso consiste el sistema liberal vigente en casi todo el mundo; de modo que, como nota el doctísimo Cardenal Franzelin, es evidente que ya no existe el imperio romano; y además, desde 1870 ha sido el Papa inicuamente despojado de su poder temporal: sin embargo, aún no ha aparecido el Antecristo.

¿Qué pensar en vista de estos hechos? He aquí lo que parece deducirse: 1.°, que el abandono temporal en que hoy se ve la Iglesia y su cabeza visible, no es, como algunos pensaban, toda la apostasía que San Pablo da como señal próxima del fin del mundo; y 2.°, que cuanto más se consolida y dura ese abandono ó apostasía legal y política, y más crece la secta masónica que lo promueve, y el liberalismo que lo ejecuta, tanto más debemos temer que se prepara la general y postrera apostasía del Antecristo.

En la irrupción de los bárbaros del Norte, en la de los mahometanos, en la rebelión protestante, temieron muchos era llegada la dicha apostasía; pero los bárbaros se sometieron al Papa, los moros fueron rechazados, y el curso de la herejía protestante se contuvo; de modo que no se perpetró el abandono de la

(1) El P. Alápide, al cap., XVII, del Apocalipsi, interpreta que la Babilonia de que allí se habla es Roma cual estará en aquel tiempo, dominada por un poder anticristiano y perseguidor del Papa.

Iglesia. Ahora sí; que no hay nación alguna que proteja al Papa, y casi todas son más ó menos hostiles á la Iglesia; de modo que, una de dos, ó triunfan de nuevo en la política de las naciones cristianas los principios católicos, y entonces se alejará el temor de la proximidad del Antecristo; ó siguen ganando terreno los principios liberales, y entonces se precipitará el mundo á su última ruina. Muchas veces lo han avisado á los príncipes y á los pueblos los Papas Pío IX y León XIII, que por el derrotero que lleva la sociedad corre á su exterminio; pues cuando se desplome la sociedad, es evidente que habrá sonado la hora en que desaparezca de la tierra el humano linaje. ¿Y qué otra cosa quiere decirnos la Iglesia al enseñarnos que el poder temporal, en las condiciones presentes, es moralmente necesario para el buen uso del espiritual, sino que ó se devuelve al Papa aquel poder, ó que, salvo un milagro del divino, se acabará, no el poder espiritual, que esto es imposible, sino el mismo mundo?

León XIII, en las oraciones que ha prescrito años ha al fin de cada Misa rezada y en los terribles exorcismos que ha recomendado á los sacerdotes, nos amonesta que Satanás y los suyos, demonios y sectarios, andan hoy más sueltos por el mundo y con más poder para perder las almas, cosa que también está predicha para los últimos tiempos.

4.ª *Perturbación general del cielo y de la tierra.* —Mientras se va predicando el Evangelio por toda la tierra, están predichas por una parte herejías, escándalos y persecuciones contra la Iglesia; y por parte de Dios, en castigo de esos y otros crímenes, guerras, hambres, pestes, terremotos y demás calamidades, que, acrecentándose la maldad, se irán también agravando hacia el fin de los siglos.

No es fácil, por sola esta predicción, discernir si está próximo ese fin, puesto caso que es natural olvidarnos de los males pasados, ni se sabe precisamente si los que se sufren serán los de aquel último tiempo, ya

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

que de esa misma especie puedan sobrevenir otros mucho más terribles. El haberse fijado aisladamente en esta señal, y en una mayor ó menor apostasía de la fe, con otros cálculos y conjeturas poco fundados, ha ocasionado el que desde épocas muy remotas opinaran algunos llegarse el fin del mundo.

El reinado y persecución del Antecristo es la señal más clara y perentoria; durante la cual, y en castigo de esos atrocísimos crímenes, descargará el Señor, por medio de sus ángeles, horribles desdichas hasta un extremo, que evidentemente se manifestará la ruina del mundo y la inminente venida de Jesu-Cristo á juzgarnos.

Las palabras con que estas últimas señales se profetizan son terminantes, por más que el hombre no alcance el modo con que se verificarán, ni lo que algunas significan.

Los que las presencien, podrán reconocer fácilmente que son las que el Señor tiene predichas. Se parecerán á las antiguas plagas de Egipto, figuras de éstas, pero se extenderán más y serán mucho más atroces; á saber: llagas ó úlceras secretas y vergonzosas; el mar, ríos y fuentes, llenos de sangre; el sol abrasador, causando ardores insufribles; tinieblas densísimas que envolverán la corte anticristiana; se secará el Eufrates para dar paso al ejército anticristiano; y por fin rayos, truenos, terremotos y granizo cuales jamás se vieron, con que quedarán destruidas grandes ciudades y en horroroso trastorno las islas y continentes.

Los anticristianos, en vez de llorar sus pecados y pedir á Dios misericordia, blasfemarán contra el cielo, se morderán las lenguas, gritarán á los montes que los aplasten, correrán despavoridos y demacrados, sin saber dónde guarecerse. El sol se obscurecerá, la luna no dará su luz, sino parecerá ensangrentada; en las estrellas y en el cielo se verán cosas horribles. Estos males cogerán de sorpresa al mundo, como un ladrón

que viene á deshora, y como el diluvio de Noé (1); porque los malos no creen en la palabra de Dios que los anuncia, ni reconocerán en las anteriores señales la proximidad de estas postreras.

Los fieles católicos, aunque actualmente ignoran cuándo vendrá ese día, creen que á su tiempo se realizará todo lo que acerca de él nos enseña la Sagrada Escritura con la tradición de la Iglesia; sin dar oídos á rumores necios ó á predicciones infundadas que señalan el número de los futuros Papas ó la mujer de que ha nacido ó nacerá el Antecristo; saben que el día menos pensado puede éste presentarse con todos los caracteres que en los libros santos lo describen.

Más aún: como observan que en nuestros días se va por una parte consumando la apostasía, el abandono en que los príncipes dejan á la Iglesia, y la persecución que en el mundo entero le mueve la masonería esencialmente anticristiana; que los judíos, jefes de esa secta, poseen ya riquezas fabulosas, y á su influjo cede casi en todas partes la política; con ejércitos monstruosos, y medios de destrucción, comunicación y traslación rapidísimos; y como por otra parte oyen de boca de una alma santa, la beata María Margarita de Alacoque, que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús la da el Señor como un último esfuerzo y prenda de su amor á los hombres en estos postreros tiempos; y de boca de León XIII, que Satanás y su infernal cortejo anda ya desencadenado por el mundo; y entienden que apenas hay provincia donde la Religión cristiana no haya sido ó pueda en breve ser oída; no pocos empiezan á conjeturar que en día quizá no lejano estalle por fin la conflagración universal, se banboleen los cimientos del orden social, se alzen en guerra atroz unas naciones contra otras, y surja de ese caos el imperio tiránico del Antecristo, y su persecución final contra la Iglesia.

Sea de esta conjetura lo que quiera, de todos modos

(1) Luc., XVII, 26.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U.A.N.L.

el cristiano prudente, además de vivir en gracia de Dios, para que así le halle la muerte en buen estado; ha de procurar en estos tiempos, que, sin género de duda, son peligrosísimos para la salvación, unirse más y más á nuestro Señor Jesu-Cristo, á su Sagrado Corazón; acogerse á la Madre de Dios, obedecer al propio Prelado y con él al Papa, asociarse á los católicos que dócil y decididamente les siguen; y separarse, lo más posible, y huir de cuantos huelan á sectario de la masonería, del liberalismo ó de cualquiera error reprobado por el Papa; y de la mala prensa y espectáculos escandalosos, arma de los enemigos de Cristo: y antes bien con oraciones, santa vida, escritos católicos y con cuantos medios se le alcancen, esforzarse por atajar la corriente del mal y aplacar la indignación divina.

Quien esto practique, esté seguro que en cualesquiera pruebas, aunque fuese la última del antecristo, perseverará fiel hasta morir y salvarse. Verificadas todas esas señales, aparecerá por fin, y descenderá de lo alto nuestro Señor Jesu-Cristo, lleno de majestad y poderío, entre nubes esplendorosas, acompañado de su Madre la Reina de cielos y tierra, de todos los bienaventurados y de cuantos millones de ángeles pueblan la gloria, apareciendo éstos verosímilmente en forma corpórea hermosísima, llamando unos con la trompeta al juicio y escoltando otros la Cruz, que cerca del Redentor campeará vistosísima como trofeo de victoria, que consiguió en ella Cristo y por ella todos los buenos.

Entonces será la resurrección general; todo el género humano nos veremos convocados en las afueras de Jerusalén ante el Juez divino. Los réprobos arrastrando por la tierra y abrasados ya por el fuego, vengador de las ofensas del Criador; los predestinados elevados sobre la tierra como formando ya parte de la corte gloriosa.

Jesu-Cristo en un trono hermosísimo, y cercado,

como de asesores, de los santos que más se señalaron en su servicio; juzgará á todos y á cada uno de los buenos y de los malos, y dando á cada cual su merecido, pronunciará, á vista del mundo entero, la definitiva sentencia para toda la eternidad.

Los malos, abriéndose la tierra, serán sepultados en el infierno; los buenos subirán con Cristo á la gloria.

El fuego se extenderá súbitamente por toda la redondez de la tierra, al modo que en otro tiempo las aguas del diluvio, y abrasará todo lo que ha servido de pábulo á los vicios y pecados, y arrastrando, cual torrente impetuoso, todas las heces é inmundicias, se precipitará para tormento de los condenados en el abismo infernal, que quedará cerrado para siempre.

La tierra en lo exterior, y todo el resto de la creación, brillará con nueva y perenne hermosura, alabando por la boca de los bienaventurados del cielo al Criador de todo y á su Hijo Jesu-Cristo nuestro Señor. Amén.

A. M. D. G.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

DOCUMENTOS DE SUMA UTILIDAD PARA EL CRISTIANO

EL SYLLABUS DE PIO IX

Ó SEA

índice de los principales errores de nuestro siglo, ya notados en las alocuciones consistoriales y otras Letras Apostólicas de Pío IX (1).

§ I.

Panteísmo, Naturalismo y Racionalismo absoluto.

I. No existe ningún Ser divino, supremo, sapientísimo, providentísimo, distinto de este universo; y Dios no es más que la naturaleza misma de las cosas, sujeto por tanto á mudanzas; y Dios realmente se hace en el hombre y en el mundo, y todas las cosas son Dios, y tienen la misma idéntica substancia que Dios; y Dios es una sola misma cosa con el mundo, y de aquí que sean también una sola y misma cosa el espíritu y la materia, la necesidad y la libertad, lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto.

II. Dios no ejerce ninguna manera de acción sobre los hombres ni sobre el mundo.

III. La razón humana es el único juez de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal, con absoluta independencia de Dios; es la ley de sí misma; y le bastan sus solas fuerzas naturales para procurar el bien de los hombres y de los pueblos.

(1) Omitimos las citas de esas Letras y Alocuciones, que quien lo desee hallará en otros libros, y las Letras y Alocuciones enteras formando uno aparte.